



Las siete diferencias entre Bush y Hitler

HUGO ENRIQUE SÁEZ

Varios amigos bien intencionados han sostenido en charlas de café que Bush y Hitler son casi idénticos y que debemos inquietarnos porque el actual ocupante del salón oval que hiciera célebre Bill Clinton tiene las mismas ambiciones expansionistas y destructivas exhibidas por el tétrico canciller durante el Tercer Reich. Que me perdonen los amigos, pero me opongo a tan ligera asimilación de estos personajes históricos, perdón, históricos. Quizá no se hayan advertido las sustanciales diferencias existentes entre ambos, que no se reducen a que uno hablaba alemán y el otro con dificultad mastica el inglés. Se trata, sí, de profundos abismos tendidos entre una personalidad y otra. Como se demuestra a continuación.

Primera diferencia. De tipo físico. Pero importante también. El bigote de Hitler, por ejemplo, ha trascendido su existencia terrena y sirvió como icono que permitía identificar la caracterización de Chaplin sobre el gran dictador. Sin embargo, cuando observamos viejas películas en las que Hitler pronuncia sus discursos me invade la sospecha de que más bien éste imitaba a Chaplin. Figura su mostacho, por motivos diferentes, en el museo de las pilosidades junto con los de Zapata y de Dalí, que este último utilizaba para recibir mensajes del espacio sideral. ¿Qué peculiaridad tiene el cuerpo del actual patrón de los Estados Unidos? Ninguna. Le faltaría un sombrero Stetson y así a cualquier cowboy de Texas podrían confundirlo con él en un rodeo y hasta saludarlo con el típico nice to meet you.

Segunda diferencia. El papá de Bush también fue presidente y como el hijo es un clon de aquel, incluso me atrevo a conjeturar que más de un jubilado gringo lo votó en noviembre pasado pensando que se trataba del mismo individuo. En cambio, del papá de Hitler no tenemos noticia alguna, por suerte. Su madre sí ha sido mencionada muchas veces y por mucha gente.

Tercera diferencia. Bush no se dedica a matar judíos, al contrario, alienta a algunos amigos sionistas para que se deshagan de los palestinos. Tampoco tiene prejuicios raciales ni estéticos. En prueba de ello ha designado a una negra, Condoleezza Rice, como secretaria de Estado. Habiendo mujeres tan guapas como Naomi Campbell, él tiene la valentía de mirar de frente a Condy todos los días. También puede ser una advertencia de la señora Bush: “nada de becarias en la Casa Blanca, y nada de mujeres guapas en tu gabinete”.

Cuarta diferencia. Aunque Göebbels explicaba con esa vocación germana por la docencia que una mentira repetida muchas veces se convertía en verdad, Hitler nunca mintió sobre sus verdaderas intenciones de construir un imperio milenar. En cambio, Bush mintió sobre las armas de destrucción masiva que presuntamente poseía Saddam Hussein, y así abrió el camino para reeligirse como presidente de los Estados Unidos. Quizá no hemos advertido con suficiente claridad que a los políticos profesionales les conviene el desprestigio de su actividad. Nuestros dirigentes nativos, empezando por Fox, han mentido casi sobre cualquier tema. Y ahí siguen, muy campantes. Los discursos oficiales, pletóricos de frases hechas, marchan en sentido contrario a la realidad, y nadie que los discuta.

Quinta diferencia. Por azares del destino, el Führer divulgó la humorada de que el filósofo Nietzsche había tenido la premonición de sostener la superioridad de la raza aria, patraña urdida sobre todo por la hermana de este último. Con deformación histórica y todo, el teutón exhibió cierta piedad hacia la alta cultura. Compárese

este telón de fondo del holocausto con el rosario de frases hechas célebres por Bush: “La mayoría de nuestras importaciones provienen del extranjero”; “Si en este asunto no tenemos éxito, corremos el riesgo de fracasar”. Totalmente diferentes.

Sexta diferencia. Las concentraciones masivas que convocan ambos son radicalmente diferentes. En el caso de Hitler solían estar asociadas a impresionantes desfiles militares, mientras que el presidente estadounidense se las ingenió vía influencias para no tener que vestir un uniforme militar y acudir al frente de batalla en Vietnam. En el caso de Bush, como acaba de suceder en Chile, la gente se reúne a vitorear la visita del ilustre presidente, pero incomprendida por los carabineros resultan lesionados a palos. Y después, para colmo de la incompreensión, vienen los guardias de Bush y les pegan a los carabineros.

Séptima diferencia. La más significativa de las diferencias es que, por suerte, de Hitler dicen que está muerto, y Bush sigue vivo, aunque para ello no necesita ser muy vivo que digamos.

Más allá del humor y de las tenebrosas personalidades de estos individuos, se encuentra un dato que a menudo no se analiza a fondo, el papel de las multitudes que los apoyan. Si existe un Bush, o si existió un Calígula, ello obedece a que también existe gente para consentirlos, y no basta con la simplista explicación de que las masas son manipuladas o engañadas para apoyar esas figuras. El ejército que moviliza el autoritarismo nos rodea por doquier: en la calle se manifiesta por medio de los que usan el automóvil como un arma de agresión, en el trabajo por los que no titubean en traicionar a los amigos para escalar un puesto, en el condominio por los que no pagan mantenimiento y se agandanllan espacios comunes. Son ciudadanos sin mancha ni proceso pendiente, pero en su mirada torva se revela que consideran a los demás un mero instrumento para lograr sus fines.

La Escuela de Frankfurt llegó a referirse a una especie de amor de las masas hacia el amo, una perversa identificación con los rasgos proyectados de figuras paternas investidas de fuerza. Gramsci distinguía entre consenso activo y consenso pasivo, es decir, el asentimiento que se presta a un estado de cosas por acción o por omisión. Las más crueles dictaduras (perfectas o imperfectas) han tenido a su disposición multitudes ignorantes que rinden el más riguroso culto a las personalidades autoritarias, ya sea un Pinochet o un Díaz Ordaz, un Diego Fernández de Cevallos o un Carlos Salinas. Cuando digo “ignorantes” no me refiero al grado escolar. La ignorancia en su manifestación de simplismo mental está asentada entre abogados y médicos, arquitectos y profesores, y numerosos clasemedios que no entienden nada que no se les dé masticado por la televisión. Este detalle debe preocuparnos. Sin una revolución cultural que modifique las mentalidades colectivas, nada habrá cambiado. ■



Guadalupe Rosas